



www.loqueleo.santillana.com

© 2016, Carlo Frabetti

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-153-1

Depósito legal: M-37. 828-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Ávaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El trovador oscuro

Carlo Frabetti

Ilustración de cubierta de Iban Barrenetxea

loqueleg

*Yo soy Arnaut Daniel,
que amaso el aura
y cazo la liebre con el buey
y nado contra la resaca.*

La detención

Al desmontar del caballo, junto a una tosca fuente de piedra semioculta por la maleza, Arnaut sintió que le flaqueaban las piernas. Y no por el cansancio, sino por la intensa emoción. En el brumoso horizonte, a menos de una hora de cabalgada, se vislumbraba el castillo de Poitiers, que, con sus esbeltas torres de finos pináculos, se le antojó una mano alzada en señal de saludo. O de advertencia.

Si se daba prisa, llegaría al castillo con luz, pues al sol aún le faltaba un buen trecho para alcanzar las sinuosas cumbres de las montañas del oeste; pero Arnaut no quería apresurarse: quería saborear aquel momento tan esperado, tantas veces soñado. Descolgó su laúd de la silla y deslizó los dedos por las cuerdas con suma delicadeza, cual si acariciara el cabello de una mujer. Y luego las pulsó con vigor, como quien comprueba la tensión de

un arco, y mientras el caballo bebía en el abrevadero de la fuente, disparó sus notas agudas como flechas al tibio aire de la tarde. Tenía que afinar la puntería. Tenía que alcanzar el corazón de un rey.

8 Llegó con el crepúsculo, cuando en el patio de armas los últimos rayos del sol se fundían con los fluctuantes destellos de las antorchas. Los centinelas lo miraron con indiferencia, sin mostrar sorpresa ni curiosidad alguna; debían de estar acostumbrados al ir y venir de juglares y trovadores.

—Soy Arnaut Daniel —se presentó.

No tuvo que dar más explicaciones. Uno de los centinelas se ausentó durante unos minutos y volvió acompañado por el capitán de la guardia, que le dijo con una obsequiosa sonrisa:

—Vuestra fama os precede, maese Daniel. Tened la bondad de seguirme; mis hombres se ocuparán de vuestra montura y vuestras pertenencias.

Más sorprendido que halagado, Arnaut siguió al capitán, un hombre alto y fornido, de abundante cabellera negra y recia mandíbula, aunque un tanto amanerado para ser un militar. Cruzaron el patio de armas y luego descendieron por una empinada escalera de piedra. ¿Una reunión secreta, tal vez?

—¿Podéis decirme adónde me conducís? —se atrevió a preguntar el trovador al ver que bajaban a un lugar cada vez más lóbrego y oscuro.

—A vuestros aposentos, señor —contestó el capitán con afectada cortesía—. Ya hemos llegado.

Y entonces Arnaut se dio cuenta de que estaban en las mazmorras del castillo.

De la oscuridad surgieron dos sombras amenazadoras que agarraron al trovador por ambos brazos y lo arrastraron con violencia hacia un calabozo cuya puerta estaba abierta, como una negra boca dispuesta a tragárselo.

—¡¿Qué hacéis?! —exclamó Arnaut.

—Acompañaros a vuestras habitaciones, maese Daniel —contestó con sorna el capitán de la guardia—. Que descanséis.

—¡Tiene que haber una confusión! —gritó Arnaut mientras lo arrojaban sin contemplaciones al interior de la celda.

—Desde luego que sí —rio el capitán, y sus pasos retumbaron en la lóbrega galería subterránea hasta que se extinguieron escaleras arriba.

Era inútil increpar a los carceleros, de modo que el trovador apoyó su laúd en la pared y se dejó

caer en el tosco jergón de paja que constituía el único mobiliario de su inhóspita celda. En algún momento, alguien le diría de qué se le acusaba y podría aclararlo todo, se dijo. Tenía que conservar la calma e intentar descansar. Y estaba tan fatigado por el largo viaje que, a pesar de la angustia y de la incomodidad de su áspero lecho, no tardó en quedarse dormido.

Pero su sueño no duró mucho. Lo despertó bruscamente el ruido de la llave al girar en la cerradura, acompañado por los juramentos de un hombretón que los carceleros empujaron al interior de la celda.

A la débil luz que, procedente de una vacilante antorcha, llegaba a la celda a través de los barrotes, Arnaut examinó a su nuevo compañero de cautiverio. Era un hombre de unos treinta años, muy alto y corpulento, de poblada barba rubia y ojos azules. Y por su rostro enrojecido y su expresión ausente, parecía haber bebido más de la cuenta.

—Quítate de ahí —dijo secamente el recién llegado.

Arnaut se puso en pie, pero permaneció junto al jergón.

—Aparta —dijo el otro dando un paso hacia él.
El trovador no se movió.

—O eres muy valiente o muy estúpido —dijo el hombretón mirando a Arnaut de arriba abajo—.
¿No ves que soy mucho más fuerte que tú?

—Lo único que veo es que estás más gordo
—replicó Arnaut sin inmutarse—. La fuerza no se ve.

—¡Pero se siente! —exclamó el otro mientras,
dando un paso al frente, intentaba atrapar al tro-
vador entre sus musculosos brazos.

Arnaud esquivó con ligereza al grandullón y aprovechó su propio impulso para derribarlo. Con tan buena fortuna para el agresor y tan mala para el agredido, que aquel cayó directamente sobre el jergón.

—Qué amable eres —dijo el hombretón con una risotada—. No solo me cedés tu lecho, sino que me acomodas en él.

—Está bien, amigo —se resignó Arnaut—. Parece que lo necesitas más que yo; y, de todos modos, necesitaría la ayuda de los carceleros para bajar de ahí ese corpachón.

—Premiaré tu gentileza —dijo el hombre rubio acomodándose en el pequeño jergón de paja, en el

que casi no cabía—. Aunque ahora me veas cubierto de harapos, soy de noble linaje.

—Eso salta a la vista —ironizó el trovador sentándose en el suelo junto a su laúd.

—¿Por qué estás aquí, muchacho? —preguntó el hombretón mirándolo de soslayo.

12 —No lo sé —contestó Arnaut encogiéndose de hombros—. Acabo de llegar al castillo y me han encerrado sin darme ninguna explicación.

—¿Eres un juglar?

—Soy un trovador.

—¿Cuál es la diferencia?

—El trovador compone sus propios poemas y canciones.

—¿Cómo te llamas?

—Si no sabes cuál es la diferencia entre un trovador y un juglar, poco te dirá mi nombre.

—No esperaba reconocer tu nombre, famoso trovador. Quiero saberlo para recompensarte cuando salga de aquí; o para pedir tu libertad, si aún estás encerrado.

—Eres muy amable. Me llamo Arnaut Daniel.

—No lo olvidaré. Canta algo, trovador. Algo pausado y suave que me ayude a conciliar el sueño.

Arnaut no tenía ganas de cantar; pero cogió su laúd y pulsó las cuerdas casi al azar, improvisando una melancólica melodía. A los pocos minutos, su compañero de celda roncaba ruidosamente.